

LAHOZ, M. Lucía. *Visión y revisión historiográfica de la obra de Don Ángel Apraiz*. Salamanca: Universidad Pontificia, 2014. 172 páginas.

Los historiadores del arte de nuestro país han dedicado escasas páginas al estudio de los investigadores que nos precedieron, quizás porque consideraron que los homenajes y aniversarios eran suficiente rédito o bandería sin hacer descubierta crítica exenta de parapetos y expuesta al fuego amigo. Entre las excepciones no olvidamos las sobresalientes aportaciones de Serafín Moralejo Álvarez, que trazó un exquisito perfil acerca de la obra de Kenneth John Conant (*Arquitectura románica da catedral de Santiago de Compostela*, Santiago, 1983), o las actas del simposio «Don José Camón Aznar y la historiografía artística de su tiempo» (*Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, LXXII (1988)) y las «VII Jornadas de Arte» del Instituto de Historia del Arte Diego Velázquez del CSIC (*Historiografía del Arte español en los siglos XIX y XX*, Madrid, 1995). Más recientemente nuevos trabajos han puesto los puntos sobre las íes en materia de historiografía artística hispana: la fresquísima aportación de Javier Portús Pérez y Jesusa Vega González (*Cossio, Lafuente y Gaya Nuño. El descubrimiento del arte español. Tres maestros apasionados*, Madrid, 2004), los bosquejos de Janice Mann («Georgiana Goddard King and A. Kingsley Porter Discover the Art of Medieval Spain», en *Spain in America: The Origins of Hispanism in the United States*, ed. de R. L. Kagan, Chicago, 2002, p. 171-192), Manuel A. Castiñeiras González («Serafín Moralejo: una vida dedicada a Compostela», *Ad Limina*, 3 (2012), p. 235-242, sin prescindir del utilísimo homenaje que coordinó Ángela Franco Mata en *Patrimonio artístico de Galicia y otros estudios*, 3 vols., Santiago de Compostela, 2004) y Francisco Prado-Vilar («*Flabellum*: Ulises, la catedral de Santiago y la historia del arte medieval español como proyecto intelectual», *Anales de Historia del Arte*, vol. extra (2011), p. 281-316), una imprescindible reseña de Daniel Rico Camps a *Romanesque Architectural Sculpture: The Charles Eliot Lectures* de Meyer Shapiro editado por Linda Seidel (*Goya*, nº 323 (2008), p. 163-167), las oportunas síntesis de Gonzalo M. Borrás Gualis (tras su *Diccionario de historiadores españoles del arte*, Madrid, 2006, en colaboración con Ana Reyes Pacios Lozano, publicó un actualizado estado de la cuestión en *Historia del Arte y Patrimonio Cultural: Una revisión crítica*, Zaragoza, 2012, p. 9-55), la monografía coordinada por Amelia López-Yarto Elizalde (*El Catálogo Monumental de España (1900-1961)*, Madrid, 2012) o el documentadísimo catálogo *En el frente del arte. Ricardo de Orueta 1868-1939* (con contribuciones de Miguel Cabañas Bravo, María Bolaños Atienza, Manuel Arias Martínez o M.^a José Martínez Ruiz entre otros).

El trabajo de Lucía Lahoz pone sobre el tapete la poco conocida obra del profesor alavés Ángel de Apraiz Buesa (1885-1956), que en 1911 obtuvo la cátedra de Teoría de la Literatura y de las Artes en la Universidad de Salamanca (cuando Miguel de Unamuno ejerció como rector), becario de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en tierras europeas y norteamericanas (1914), contribuyó a fundar la *Eusko Ikaskuntza*, trasladándose años más tarde a la Universidad de Barcelona (1919), exiliándose temporalmente en Bidart tras el estallido de la Guerra Civil española y ocupando su última cátedra de Historia del Arte en la Universidad de Valladolid (1945) tras librar un expediente de depuración y recalar en su inicial cátedra salmantina. La autora, también alavesa y profesora titular de Historia del Arte en la Universidad de Salamanca, intenta evitar la tendencia al panegírico y acota los méritos del insigne investigador, pionero de la historia del arte en el País Vasco y uno de los profesores que viajaron en el famoso crucero universitario *Ciudad de Cádiz* que surcó el Mediterráneo y recaló en diferentes puntos del Próximo Oriente durante el verano de 1933 (entre un surtido plantel de ilustres docentes: Elías Tormo, Blas Taracena, Manuel Gómez-Moreno, Emilio Camps Cazorla, José Ferrandis, Manuel García Morente, Antonio García Bellido, Antonio Ballesteros Beretta, Manuel Ballesteros Gaibrois, Mercedes Gaibrois, Hugo Obermaier, Juan de Mata Carriazo, Julio Martínez Santa-Olalla, Cayetano de Mergelina, Lluís Pericot, Gregorio Marañón Moya, Juan Zuragüeta Bengoechea, Guillermo Díaz Plaja, Ramón García de Linares, Ángel González Palencia, Emilio Lafuente Ferrari o Felipa Niño Mas; amén de alumnos que con el tiempo alcanzarían

holgados méritos académicos e intelectuales como Martín Almagro Basch, Carlos Alonso del Real, Antonio Tovar Llorente, Carmen García de Diego, Salvador Espriu, Jaume Vicens Vives, Francesc Esteve Gálvez, Manuel Granell Muñiz, María Elena Gómez-Moreno, Gonzalo Menéndez-Pidal, Fernando Chueca Goitia, Antonio Matilla Tascón, Fernando Jiménez de Gregorio, Manuela Manzanares López, Esmeralda Gijón Zapata, Emilo Garrigues Díaz Cañabate, Soledad Ortega Spottorno o Julián Marías), todos estaban en el mismo barco y compartieron la misma derrota aunque tres años más tarde emprenderían derroteros vitales muy dispares.

Apraiz superó las lindes del formalismo banal, de la «quirografía comparada» del *connaisseur* y hasta del positivismo pedestre, apostando por una metodología sintética y plural, valorando los modos, los géneros y las audiencias. Sin rubor y con amplitud de miras adoptó los usos de la literatura comparada y reconoció la valía de las tesis de Bédier, relacionando épica y caminos de peregrinación con las aportaciones de Mâle y Porter acerca de la difusión de la iconografía románica, que vino a ser como hermanar plástica románica y lenguas romances (creando una serie de formas dialectales que Moralejo entroncaría mucho después con el *sermo rusticus* vernáculo derivado del latín vulgar no ciceroniano). La misma senda que incardinó naturaleza y arte gótico o el triunfo burgués de la poesía y la pintura flamenca. Una apuesta nada simple que le hizo reconocer la validez de la teoría de la visibilidad insinuada por Marangoni, partiendo de Fromentin, Flaubert, Baudelaire, Burckhardt, Berenson o Wölfflin, sin que ello implicara arrojar al cenicero las apreciaciones de los estilistas y los logros de la antigua retórica, en un entusiasta afán por investigar críticamente las formas en el arte para educar y formar al público ávido de conocimiento.

Apraiz despuntó en el estudio del románico alavés, yendo más allá de focos punteros como Armentia y Estíbaliz, emparentado con creaciones vizcaínas, navarras y aquitanas por mor de sus correspondencias camineras, la imaginería, el tema del caballero victorioso o el problema de los nombres de los artífices. Se atrevió además con el estudio de la olvidada arquitectura civil y desbrozó las espesuras del arte popular vasco como una sub-historia que hunde sus raíces ornamentales en tiempos remotos y abraza múltiples manifestaciones de la vida religiosa, que van desde ermitas a humilladeros, vía crucis, pilas bautismales y mobiliario, labores de forja, toscas *kutxas* y *txitxillus*, alfarería e indumentaria (un itinerario que para el caso de un sorprendente bordado salmantino de la Armuña le llevará en 1945 hasta una miniatura de la *Biblia Hispalense* del siglo X). Pero el profesor alavés destacó sobremedida en su dedicación a la cultura de las peregrinaciones, que dio sus frutos en campos como la lingüística, la literatura, la hagiotopografía y las artes, el análisis de los santuarios y advocaciones camineras, sus emergencias litúrgicas y folklóricas, aún incurriendo en el cepo de conceder excesiva trascendencia a los romeros: el ahorcado tallado en una estatua-columna de la portada de Santa María la Real de Sangüesa no es el inocente resucitado por el Apóstol Santiago –como sugería Apraiz– sino el suicida Judas *mercator* caracterizado epigráficamente. Preferencias abultadas como la excesiva trascendencia otorgada al mundo musulmán son igualmente perdonables. El gótico alavés fue otra de sus líneas de investigación, deteniéndose con esmero en la propia catedral de Vitoria, cuando la ciudad basculaba fuertemente hacia Castilla catapultada por el camino que desde Bayona conducía hacia Finisterre. Con meticulosidad y brillantez avanzaría análisis sobre los portales y tímpanos, que entonces entroncó con San Pedro, Pamplona y Laguardia, aunque apuntando hacia los grandes programas de las catedrales de Burgos y León o el mundo italiano.

El libro de Lahoz incorpora un exhaustivo apéndice bibliográfico y se nutre de un riguroso aparato crítico que confirma su vasto conocimiento del arte medieval hispano. Otra valiosa aportación es la de reproducir facsimilarmente como *Addenda* dos de los trabajos del profesor Ángel de Apraiz de más difícil localización y consulta: «La cultura de las peregrinaciones. Su historia, su geografía y métodos para su investigación», *Las Ciencias*, VII (1942) y «Salamanca, camino de Oriente», discurso leído en la apertura del Curso Académico 1945-46 en la Universidad de Salamanca (Madrid, 1945).

José Luis Hernando Garrido
UNED-Centro Asociado de Zamora